

El ojo del cielo

Tras muchos días de meditación en lo más alto del cerro, días en los que tuvo a las estrellas como compañeras y al abrazador sol como cómplice, el chamán descendió. La visión que había recibido le decía que tenía que caminar mucho, por un camino trazado específicamente por los astros, el cual serpenteaba por las montañas. Tenía que atravesar territorio caxcán, para luego llegar hasta, el valle de Atemajac, donde se le revelarían cosas asombrosas. Con sólo un cayado y un itacate de apenas lo suficiente para alimentarse en el viaje, peyote y otras hierbas mágicas, emprendió el camino. Hizo la travesía de varios días en silencio, con la mente en profunda concentración, listo para entrar en comunión divina con los dioses, a la espera de que esta vez escucharan sus cantos de adoración, sus invocaciones, y recibir de ellos el conocimiento necesario para convertirse en un respetado chamán, el más sabio y poderoso, con el don de curarlo todo, de verlo todo, de saberlo todo; capaz incluso de convertirse en nahual; digno de comunicarse con los espíritus; diestro en entender el lenguaje de las estrellas y los fenómenos naturales. Dentro de su corazón, muy en el fondo, trataba de acallar otra voz, la del espectro de la vanidad, que anhelaba poder; la voz del orgullo que buscaba demostrarle a todos los que habían dudado de él, lo que podía lograr. Aún escuchaba en su cabeza las risas burlonas de quienes criticaron sus adivinaciones inexactas y sus curaciones fallidas. Pero lo que más le dolía era el desprecio de su familia. Sobre su cabeza revoloteaban como moscas en parvada sobre la fruta, los espectros de desaprobación de su abuelo y su padre, quienes le dijeron que era una decepción para su dinastía, que mejor se ocupara de la caza, siembra o cualquier otro oficio para valerse del sustento, pero que no pretendiera más ser un chamán. Frunció el entrecejo, apretó los labios y siguió adelante con paso firme.

Por fin frente a sus ojos se descubrió un terreno verde como el jade, plagado de plantas y árboles; avanzó llevando el canto de las aves como única compañía y el sol como manto. Se detuvo un momento, puso sus pertenencias en tierra para descansar. Miró a su alrededor, temía estar algo desorientado. No debía titubear, se brindó aliento a sí mismo, estaba cerca del lugar donde se le revelaría un misterioso poder, solo necesitaba encontrar la ubicación exacta. Sacó un pedazo de hongo, lo masticó, luego entró en profunda meditación. Vioun río, y en el suelo, un pedazo de vidrio negro volcánico. ¡Ahí era! Ya había pasado ese río. Era cerca, solo tenía que volver un poco sobre sus pasos y buscar el vidrio negro. Marchó evitando a toda costa acercarse a cualquier asentamiento de personas. Se adentró en el valle, llegó al río. Con la vista hacia el suelo, caminó junto a su cauce, como si se dirigiera hacia la barranca. De repente, divisó un destello negro entre las hojas de pasto, sus ojos oscuros dieron con un pedazo de obsidiana, ¡ahí era! Levantó la vista, dibujó con los ojos un círculo, dio unos pasos sintiendo la energía del suelo en las plantas de sus pies, alerta para descubrir la mejor ubicación. Tuvo una sensación que le indicó dónde. Valiéndose de ambas manos clavó su cayado en la tierra. Ahora sólo tenía que esperar a la noche.

Cuando un batallón de estrellas curiosas asomó, inició su ritual. Los grillos cantaban con entusiasmo. Encendió fuego. Usando un cuchillo de pedernal, cortó uno de sus peyotes. Tras tomar poco, los efectos místicos pronto se hicieron sentir en todo su cuerpo, siguió consumiéndolo, mientras alimentaba las lenguas de fuego de su hoguera con leña y con hierbas secas que traía en su morral. Tenía puesto sólo el taparrabo y un collar de cuentas de madera, herencia familiar. Sus ojos abiertos como tecolote se posaron en las llamas, a su alrededor revoloteaban pequeños insectos. Una palomilla de gran tamaño trajo consigo la sombra de su abuelo: “No has nacido para ser chamán”, le espetó, “Eres como una palomilla atraída por la llama. Al final terminarás con las alas quemadas”. Esta visión llenó su cuerpo con la furia del volcán. Apretó los puños, rechinó los dientes y golpeó con los pies en el suelo. Un tambor en su pecho marcó un compás más intenso, de su garganta emergió un alarido de guerra. “¡Tendré el poder y el conocimiento!” Se dijo, “aquellos que dudaron de mí, me pedirán perdón”. En su cabeza repasó lo que tenía que hacer, él lo sabía, no como la clase de cosas que a uno le enseñan, sino como parte de una especie de conocimiento divino, que creía los espíritus le habían revelado. Saltó en torno a la hoguera con las manos en el aire. Su cabeza giraba, enredada en un vaporoso trance que ascendía a lo alto con las espirales de humo. Todo su cuerpo tembló, primero como un escalofrío, después con la furia de la tierra. De su cuerpo manaban gotas tibias de sudor. El calor de las llamas rozó su piel, pero la verdadera hoguera ardió en su interior, como si su corazón mismo fuera un brasero. Una ráfaga comenzó a soplar; las espirales de humo, el ruido de los grillos, las estrellas en el cielo, el viento cargado de polvo y el fuego se fundieron en una sola cosa que se materializó frente a sus ojos. Primero apareció una bola resplandeciente, ésta comenzó a girar sin que el chamán pudiera atinar exactamente si hacia la derecha o a la izquierda. Los aros de luz formaron un vortex. Lo que tenía frente a él era un prodigio, parecía un enorme ojo dorado de resplandecientes pestañas plateadas, tan seductoras como

las más negras pestañas de una hermosa mujer. Lo había logrado, había hecho algo grande que nadie había hecho antes. “Es la ventana que usan los dioses para mirar en este mundo, ¡es el ojo del cielo!”, exclamó. Se acercó a pasos lentos, con la mano derecha levantada en su dirección; quería tocarlo, adentrarse en él. Sus pies se volvieron pájaros en vuelo. Con la ligereza de un venado se arrojó hacia el ojo, preguntándose qué encontraría del otro lado, quizá otro mundo, la morada de los dioses. Lo envolvió una potente luz enceguecedora, el portal se cerró a sus espaldas. El chamón se cubrió los ojos. Sus pies aterrizaron en un suelo duro de piedra. Bajó el brazo, a su alrededor no estaba el llano, ni el río, ni nada de lo que conocía, sino una urbe de grandes edificaciones de piedra. El aire era tibio, con un olor desconocido que le picaba la nariz y le apretaba los pulmones. Monstruos que se movían en fila, con los ojos luminosos, corrían frente a él. En lo alto resplandecían luces rojas, verdes, blancas y amarillas, y había enormes imágenes de personas y objetos que nunca había visto antes. Asustado dio algunos pasos hacia atrás, entonces escuchó un sonido prolongado, como un furioso cuerno metálico de clamor estridente, volteó en esa dirección y vio un monstruo de metal con ojos resplandecientes que se abalanzaba sobre él. Escuchó algo que rechinaba, luego sintió el terrible impacto que lo arrojó por los aires. Cayó herido al suelo. Caras que hablaban en un lenguaje que no comprendía, lo rodearon. Los miró, eran hombres y mujeres de facciones algo diferentes a las suyas, otros no tanto. Todo le dolía. Percibió un aroma familiar, era un olor a sangre, la vida se le escurría. Cerró los ojos, esperando que los espíritus, o demonios, o quienes quiera que fueran los que lo rodeaban, fueran compasivos con su alma.

Las noticias de las nueve narraron que en Guadalajara, sobre la Calzada Independencia, un individuo no identificado que iba casi desnudo fue atropellado por automovilista que no alcanzó a esquivarlo. Los testigos dijeron que nadie vio de dónde salió aquel hombre y que el accidente había sido culpa suya, quizá por estar bajo los efectos de algún alucinógeno. Mientras tanto, en algún punto del pasado, una fogata solitaria fue apagada por el viento. No quedaron más que algunas espirales de humo, un cayado y un morral vacío sobre la hierba. El canto de los grillos volvió a dominar la noche.

LA MEMORIA DE MI PASADO, TIENE OLOR A CAFÉ Y SABE A JOSEFINA

Una tarde, Maximiliano Santana se dedicaba a revisar los números y las cuentas desde la mesa de la cocina de la Casa Grande, a él le agradaba ver a las mujeres picando, cortando, friendo y fregando, le agradaba el olor de los cocidos y la canasta de fruta dispuesta en el centro de la mesa que, emanaban olores dulces, cítricos y almizclados. Cuando Leonor sabía que el patrón trabajaría desde la casa, ella se encargaba personalmente de preparar los buñuelos de yuca, el chicharrón o la morcilla que tanto le gustaban.

Sentado en la mesa, se sirvió un vaso con agua de panela y sin querer observo como Leonor, su mano derecha, desde la otra puerta que separaba la cocina del patio interno, le decía a Samuel su esposo y el capataz de la Hacienda Los Vergeles, que enviara a un peón para llevarla al pueblo.

Mientras le daba esta orden con voz dócil y melosa, le tomaba las manos y le preguntaba porque no la había besado al entrar. Él, bajo la cabeza y le robó un beso rápidamente acotando que no quería interrumpirla, entonces; ella le respondió— ***interrúmpeme cada vez que quieras, tus besos no necesitan de permiso, tomate un café, con café, me saben mejor.*** Samuel, sonriéndole un tanto avergonzado al divisar a don Maximiliano, se retiró haciéndole una venía con el sombrero y acariciándole a su mujer la comisura de los labios con ternura, le pidió este lista que Juan la llevaría.

Fue entonces, cuando el dueño de la Casa Grande se dio cuenta que él no sabía cómo volver a amar. Había transcurrido tanto tiempo de eso, que se había olvidado de la hermosa conmoción que los besos producían.

Con sus manos sosteniéndose el mentón, recordó que se dedicó a crear un imperio cafetero. Absorto en cumplir con su papel de padre se abandonó al trabajo, tanto así que, el amor no fue más su prioridad.

Cuando Samuel se había retirado, Maximiliano agachó la cabeza y metió las narices entre el cerro de cuentas y papeles que tenía por revisar. Entrado el medio día se sirvió el almuerzo y, como al joven Giovanni y a su hermano, el niño Giorgio, les gustaba la punta de anca y la sobre barriga dorada con papas chorreadas, las matronas de la casa se esmeraron para complacerlos. La mesa lucía todos los días de fiesta; la adornaban los quesos, el zumo de lulo y guayaba, el pan de bono, arepas, cajeta y jamás faltaba el café que se tostaba, molía y colaba en la cocina.

Entrada la tarde, Maximiliano le dijo a su hijo mayor mientras recorrían los cafetales, que una vez graduado su mundo se concentraría en Los Vergeles y en los alrededores de la zona cafetera, por eso se lo llevó de regreso al pequeño laboratorio, anexo a la casa grande donde hacían las catas de café.

-Debes aprender, debes reconocer la consistencia y la permanencia del café en la punta de la lengua, debes distinguir su riqueza y la sensación de equilibrio al final de la boca. Sus aromas, su frescura y la concentración de las notas es lo que permite a un buen café ganar la carrera. Debes, enorgullecerte de tu café y de tu gente; eso te hará un triunfador.-

Así pues, sorbieron, paladearon, escupieron y se emborracharon del olor y el sabor de toda esa gama de orígenes y particularidades. Maximiliano cansado, se sentó en una esquina mientras Giovanni continuaba con la tarea de la cata.

Dejándose llevar por los recuerdos que le hurgaban los sentidos y el olor a vainilla y a canela que lo transportaba a las Antillas de suniñez, entre las semillas de café y el humo del tabaco que encendió; escuchaba las palabras de su padre resonando en su cabeza. Recordaba, que dé a sorbos le enseñó, como él ahora le enseñaba a Giovanni, que la esencia del aquel elixir oscuro y espeso había que saborearla despacio para que se adueñe del cuerpo. Este proceso, era como saborear los besos de la mujer que se ama. Una voz del pasado asaltó su propia voz y él repitió la misma frase, a su hijo.

Entonces, Giovanni le pregunto si así él besó a su madre, y Maximiliano sincero y directo le respondió, que a su madre la quiso y la había respetado, hasta el día en que ella decidió dejarlo. Que ese beso tierno, infinito y fogoso se los había reservado en su juventud para Josefina.

Asombrado por la revelación, su hijo se sentó con las piernas cruzadas en el suelo frente a su padre y este le contó que Josefina había sido una parte efímera en su pasado de juventud. Por azares del destino los dos siguieron caminos distintos. Vivieron su último romance tórrido y desenfrenado un fin de semana, antes de volver a Pereira.

Muchos años, después de la partida de tu madre, ***-le dijo-, no había pensado en mujer alguna, pero últimamente, la memoria ha rescatado de su cueva oscura, mi vida de amores prestados. Undía me encontré suspirando por los rincones como las quinceañeras, e hice mía nuevamente a Josefina en mis sueños nocturnos. No sé por qué motivo, se me ha abierto esa ventana del recuerdo. Esto siempre sucede, cuando descanso acostado en mi hamaca con la mirada perdida en el horizonte de cobertura vegetal de Pereira. Arropado por el clima cálido de la tarde, recorro el cuerpo de Josefina.***

Toco, su boca grande y gruesa que me abre el apetito de los besos, su carácter desvergonzado, muy pocas veces prudente, exigente y decidido de esta menuda mujer de ojos negros, me llama en mis soledades. Hijo, me quedo de a ratos embelesado por los colores del atardecer, cierro los ojos y pienso en voz alta que;eso me pasa, porque creo que la soledad se me ha pegado en el alma y me está lastimando la vejez.

FIN

Soledad No Elegida.

Soledad de estado negativo,
Que traesLa nostalgia,
Entre suspiros siento tus
Tiemposy tus cascos arenosos
Arrinconan mis ideas, mis amores,
Mi música y mis letras.

Soledad frustrante
De preocupación, de ocasiones,
De angustias, de peligro,
Arruinas el gozo de mi reflexión,
TúSoledad, sin lluvia
Llegas con la noche inmensa,
Arribando llena de insomnios.

Soledad, no elegida
Soledad que no espera,
Vienes vestida de brocado y encajes,
Y, sobre mi espalda te recuestas
Tan campante, robando así
Mi tranquilidad, mi libertad,
Mi autonomía...!

Margarita Dager- Uscocovich
2016/06-clt